



Estudios sobre las Culturas Contemporáneas

ISSN: 1405-2210

januar@ucol.mx

Universidad de Colima

México

Zermeño Flores, Ana Isabel

Reseña de " Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales" de

Rogelio Luna Zamora

Estudios sobre las Culturas Contemporáneas, vol. XII, núm. 23, junio, 2006, pp. 145-149

Universidad de Colima

Colima, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31602307>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reseñas

“El miedo no anda en burro”, la modernidad lo digitalizó

Ana Isabel Zermeño Flores

“Sudores fríos”, “piel de gallina”, “erizamiento de los cabellos”, “temblores musculares”, “palpitaciones aceleradas”, “paralizarse”, “boca reseca”, son todas ellas reacciones ante la emoción del miedo. El miedo es como el dolor, nos alerta para huir o para enfrentarnos al objeto que nos lo provoca; por lo tanto, es necesario; es un mecanismo de aprendizaje sobre lo que se *puede* o no se *debe* hacer. El problema es que la comprensión del miedo no es tan sencilla; es decir, el miedo no aparece sólo ante estímulos que, evidentemente, atentan contra nuestra integridad física, porque esos los vamos aprendiendo desde niños a ensayo y error; sino que al existir también un alto componente cultural, no sólo fisiológico, se abren las potencialidades de los inductores del miedo; entonces ya no se sabe qué puede ocurrir; todo queda sujeto a la imaginación, y ésta es tan vasta y poderosa que puede llevarnos a la somatización.

Precisamente Rogelio Luna Zamora, en su libro *Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales*, editado por la Universidad de Guadalajara, aborda el miedo desde una perspectiva construccionista no radical, porque lo entiende como una emoción construida bio-culturalmente. Luna dice al respecto:

Todos los seres humanos contamos con un substrato neurofisiológico en el que descansa nuestra capacidad de sentir, pero (...) esta capacidad nos habilita simplemente para que, armados con los códigos culturales aprendidos, respondamos en función de cierta valoración o creencia a los inductores que potencialmente pueden ser causa de daño físico (Luna, 2005:27).

* Rogelio Luna Zamora (2005). *Sociología del miedo. Un estudio sobre las ánimas, diablos y elementos naturales*, Universidad de Guadalajara.

Mis comentarios al libro *Los organizo*, básicamente, en el desarrollo de dos preguntas: ¿por qué estudiar el miedo? y ¿por qué estudiar demonios, ánimas y fenómenos naturales cuando, como el mismo autor afirma, sobre todo la figura del diablo se diluye cada vez más ante los procesos de modernización de la vida cotidiana de Cuauhtémoc, localidad donde se delimita su estudio, y cuando van apareciendo nuevos inductores del miedo?

Ante la primera pregunta, Luna subraya la importancia de estudiar el miedo porque

es una emoción o sentimiento que se encuentra en la base de la reproducción y cohesión del orden social, el miedo demarca los límites normativos, impone límites a las conductas individuales, señala las transgresiones, afianza la identidad y la legitimidad del orden social (...) otorgando el sentido de seguridad/inseguridad en la vida cotidiana (2005:26).

El miedo es uno de los mecanismos históricamente más utilizados por quienes detentan el poder para mantener el *status quo*; funciona en el sentido preventivo, punitivo y castrador de las desviaciones a las normas de comportamiento que cada cultura impone. Ejemplos de estos sistemas institucionalizados de control social son: la moral, la religión, el derecho, las costumbres, la educación, las representaciones colectivas, los valores, los ideales, los modelos de cultura, la opinión pública, las formas de sugestión y de convicción, entre otros tantos elementos culturales.

El miedo es tan consustancial a nuestro comportamiento diario, que muchas veces no somos conscientes de padecerlo; solemos identificarlo cuando es más evidente, cuando el estímulo es grande, aunque esta dimensión es relativa a cada sujeto; lo que asusta, horroriza o espanta a unos no lo hace con otros; es más, no siempre una misma persona manifiesta la misma sensibilidad ante un mismo inductor del miedo y, por supuesto, las reacciones también serán variopintas, aunque también es verdad que hay ciertos patrones de respuesta condicionados culturalmente. Luna se enfoca al estudio del significado que le otorgan las personas a la fuente que en particular les genera miedo; no le interesa el miedo fisiológico e intenso; por el contrario, le importan los miedos moderados, aquellos que se desarrollan en la vida cotidiana, porque entiende que éstos son mucho más incisivos en los procesos de cohesión social. Por otra parte, el autor no entra en la discusión sobre la autenticidad de las fuentes inductoras del miedo; es decir, el análisis parte de lo que el sujeto siente o valora, independientemente de la existencia, probada por la ciencia, de los diablos y las ánimas. Lo que en verdad resulta importante es

que la somatización del miedo es real: el sujeto la siente, padece y actúa en consecuencia.

Ahora bien, para responder a la segunda pregunta, que refiere a la pertinencia de estudiar ánimas y demonios cuando estos significantes han perdido vigencia a medida que la modernidad se instala en Cuauhtémoc, y en su lugar van apareciendo otras fuentes generadoras de miedo, permítanme explicar los siguientes puntos:

- Para Luna queda claro que la modernidad transformó a Cuauhtémoc en su fisonomía, en su imaginario y en sus prácticas. La llegada de la luz eléctrica junto con la instalación del alumbrado público exilió a la oscuridad y con ella a la incertidumbre de no saber qué peligros asechan ocultados en las sombras. La urbanización, el empedrado, la pavimentación y la limpieza de maleza de los baldíos, proporcionó mayor tranquilidad respecto a la presencia de animales peligrosos y entidades amenazantes. La difusión de la educación a sectores amplios de la sociedad desterró a la ignorancia y a los prejuicios; cada vez es más raro socializar a los niños mediante la cultura del miedo de diablos y ánimas. En general, asevera Luna,

la ubicación geográfica, densidad de población y servicios públicos (...) pueden considerarse como elementos “mitigadores” del miedo a la soledad y a la noche, están hoy por hoy al alcance de prácticamente toda la población (Luna, 2005:150).

- Según el autor, la desaparición de nuestros temores relacionados con fenómenos metafísicos y vinculados con el mundo de los muertos, no es factible; para él, este tipo de miedos siempre existirán; lo que sí es seguro que se modifiquen son los significados otorgados. Esto se evidencia en la comparación que establece entre los miedos de la generación tradicional que refieren al diablo, al “Caballo del diablo”, a “La Llorona”, “La Planchada”, “El Jinete sin cabeza”, “El Catrín”, las “ánimas”...; así como los miedos que la generación alternativa, la más joven, principalmente formada por profesionistas, tienen y que, desde el discurso lógico-científico, nombran como “energías”. Llegados a este punto, es importante hacer notar que si bien el discurso de la modernidad es el de la ciencia y el de filosofías metafísicas de nuevo cuño, el tradicional es el discurso de las iglesias, católica principalmente. Desde mi punto de vista, ambas miradas son peligrosas: en el primero, el control social se ejerce desde la comprobación científica y desde ella se “borra” lo no objetivo, lo inmaterial al ser incapaz de brindar explicaciones; mientras que desde la otra trinchera, se enuncia con el poder aplastante y dogmático de Dios.

Si bien Rogelio Luna ha trabajado con tres tipos de inductores del miedo, me resulta muy sugerente y útil para expresar mi argumentación, la figura del diablo, porque deja muy clara la función de éste en el sistema de control social tradicional. En tal sentido, el diablo es concebido en la cultura cuauhtemense como el regulador de la conducta del hombre que no promueve el pecado, sino que previene las malas acciones. El autor considera que el diablo

contribuye a la preservación de las familias y su integración, invita y convoca a que los hombres recobren su buen juicio en materia de moral y buenas costumbres, del cual las mujeres son las garantes más atentas (Luna, 2005:25).

Como puede verse, el diablo es un mecanismo de control social que funciona en el ámbito privado. Luna dibuja la figura del diablo desde la óptica de los cuauhtemenses como la estrategia “de poder” de las esposas y las madres, en estrecho vínculo con la Iglesia Católica, dirigida a mantener alejados a los maridos y a los hijos varones de las otras mujeres, del vicio, del despilfarro del dinero que debe salvaguardarse para la reproducción de la familia.

Tenemos que aceptar que el éxito de la figura del diablo como mecanismo de control, se debió –en gran parte– a la socialización que desde niños hemos tenido en la cultura mexicana en general y, probablemente, también en otras culturas; lo que quiero subrayar es que los significados otorgados al diablo no son privativos de la cultura cuauhtemense, pero los universales y las particularidades, sólo serán evidentes a través de la comparación entre culturas; esperemos que el autor nos ofrezca, en un futuro próximo, un estudio comparativo regional o nacional de los significados otorgados a los inductores del miedo.

Coincido con el autor cuando afirma que el potencial del diablo ha ido perdiendo fuerza conforme ha avanzado la modernidad; luego entonces, ¿por qué estudiarlo? La pregunta no es ociosa, no responde al gusto por estudiar un objeto, sino a la pertinencia de éste. A lo que quiero llegar es a rescatar un punto que el autor apenas dibuja en las conclusiones y que, particularmente, me parece fundamental discutir: la emergencia de nuevos inductores del miedo que desplazan a los tradicionales y que encarnan los riesgos de la modernidad. Cito a Luna que refiere a nuevos escenarios sociales que seguramente impactan en la conformación de nuevos miedos:

Algunos de los aspectos que más llaman la atención al respecto son la aparición de enfermedades como el VIH o sida; la transformación de valores, que se refleja en una mayor liberalización de las prácticas sexuales; la extensión y aparente multiplicación de enfermedades como el cáncer, a partir de la ingesta de alimentos industrializados y el uso excesivo de conservadores químicos; la aparición de los cholos; la proliferación de drogas y la expansión de su consumo; el nuevo tipo de interacción intrafamiliar, donde las mujeres, los niños y los jóvenes tienen una nueva forma de interactuar entre ellos y con sus padres (Luna 2005:188).

Yo agregaría, además, los machacones discursos de los medios de comunicación sobre la inseguridad pública producto de la violencia urbana, del terrorismo, del narcotráfico; la ingobernabilidad, la corrupción, la frivolidad, el consumismo, el deterioro medioambiental; además de la avasalladora presencia de las tecnologías de información y comunicación, la bio-tecnología y los avances en la genética, entre otros tantos. Lo cierto es que si esta realidad la conectamos con la tesis de Luna que los miedos son mecanismos de control social, entonces estaríamos en el umbral de conformar nuevas tipologías de los miedos y, por supuesto, nuevas explicaciones sobre las estrategias de control social de las estructuras de poder, las cuales –indudablemente– rebasarán las fronteras locales.

Desde mi subjetividad, esto es lo que queda en el tintero; por supuesto que las diversas lecturas que seguramente generará el texto, diversificará las posibilidades de interpretación; como ocurre en el relato “El libro de arena” de Jorge Luis Borges, las mutaciones pueden ser infinitas, por eso invito a su lectura, y al diálogo: no tengan miedo.